



La incesante transformación de la política

— Escribe Pablo Ney Ferreira — (Político)

El carácter mutante de la actividad política es un dato empírico que (me parece) no requiere el menor intento de refutación. Los cambios en la cultura, la arquitectura, los estilos literarios, la economía, etc... dan a la política su carácter esencialmente dinámico, aunque a veces no inexplicablemente.

El hombre no ha cesado de pensar acerca de una posible "sociedad justa", esto parece constituirse en otro dato de la cotidianeidad de la reflexión filosófica desde la antigüedad hasta nuestro tiempo. Ahora bien ¿ya lo hemos pensado todo? ¿ya no hay duda nada más en que pensar, acerca del hombre en sociedad y sus consecuencias productivas, ya sean intelectuales como materiales, y debemos dejarnos al libre albedrío de las infalibles leyes del mercado, y de una "cultura tecnológica final"?

Tal parece ser esa la opinión de algunas personas. El hombre ha logrado la perfección de su accionar pensante. No hay más que modificar un punto más en el presupuesto para aquí, o un punto menos para allá o perfeccionar el mundo "tecnológicamente hablando", para solucionar todos los problemas del gobierno de los hombres en sociedad y sus necesidades vivenciales.

La sociedad capitalista de consumo, regida por la "mano invisible" que tan famosa hiciera el padre del liberalismo económico, el escocés Adam Smith, no sólo maneja el mercado sino que nos indica qué es lo que debemos hacer, cuáles deben ser nuestras actividades y aprendizajes durante nuestra existencia, para maximizarla en términos utilitarios.

Los seres humanos, si bien es cierto que están sumergidos en una sociedad de escasez (hasta las llamadas "sociedades opulentas" al decir de John Galbraith, lo son), no solo reclaman la eficiencia económica, sino que por medio del voto (siempre hablando de sociedades contemporáneas) eligen si realmente desean que las leyes del mercado les asignen su lugar o si los gobernantes de turno posean cierto margen de maniobra, que les permita modificar la naturaleza de las cosas según el libre pensar de la sociedad, siguiendo un viejo ideal de la humanidad.

Siempre recuerdo el título de un texto que un día, en un ya tradicional e intenso trajinar por numerosas librerías del centro de Montevideo, divisé en un estante: "¿El capitalismo? ¿pero si es la vida!" Es más que probable que así sea, pero el descubrir las leyes del funcionamiento del mercado no quiere decir que el hombre deba irremediamente someterse a ellas.

Lo que si podemos hacer es observarlas, aprovechar de sus beneficios y corregir sus disfunciones, maximizando las condiciones de vida que el hombre desee auto-atribuirse.

También otro de nosotros (Isaac Newton) descubrió la ley de la gravedad, y sin embargo no hacemos más que tratar de modificar su irremediable tendencia, en aras del conocimiento del universo, y porque así nos parece más

adecuado para nuestros intereses.

La economía de mercado parece ser hasta el momento la mejor manera de asignar los recursos económicos, pero esto no quiere decir que no haya nada que hacer desde el gobierno salvo vigilar el cumplimiento de los contratos, cuidar que los ciudadanos no se golpeen los unos a los otros, etc.

El apego a las leyes de la naturaleza como forma de justificar actitudes o des-actitudes políticas, tiene una triste trayectoria en la historia del pensamiento político.

Numerosas monarquías o gobiernos monocráticos de carácter absoluto o despótico fueron legitimados, tanto por el llamado "derecho natural" o por "la naturaleza de las cosas", o por "derecho divino".

El orden democrático no tiene nada de natural, al menos tal como lo entendemos ahora (no me refiero de la presunta impronta democrática de algunas sociedades primitivas, tal como lo afirman algunos antropólogos).

Es una forma deliberada de ejercer el poder, racionalizada, pensada a tales efectos y con un poder de autolegitimación muy grande. Es en suma una creación del hombre que cansado de la opresión de sus tan mentados "derechos naturales", decidió cuidarlos él mismo o por lo menos elegir y poner límites a quien o ejerciera en su nombre.

Incluso pensándolo en términos un tanto teóricos, el argumento fundamental que sostenía el filósofo inglés Thomas Hobbes en su justificación racional de la inevitabilidad del estado para la convivencia humana, era precisamente que "el hombre es el lobo del hombre". Si el hombre se guiase por sus instintos naturales, es muy probable (y más si se trata de una "sociedad posesiva de mercado") que todos colisionaríamos con los otros "naturalmente", y de forma por demás violenta.

La economía de mercado y sus equilibrios macroeconómicos son a todas luces fundamentales para el crecimiento económico de la sociedad. También es cierto que no parece haber otra forma más importante de crear riqueza, pero los determinismos economicistas de las cuestiones o problemáticas sociales ya sabemos dónde pueden terminar.

El oxfordiano filósofo político Isaiah Berlin, letón, pero inglés por adopción intelectual nos habla así sobre los problemas de repensar el colectivo social: "no podemos limitar nuestra atención a considerar sólo las grandes fuerzas impersonales, tanto naturales como humanas que actúan sobre nosotros. Las metas y los motivos que guían la acción humana deben ser consideradas a la luz de todo lo que sabemos y entendemos; sus raíces y su crecimiento, su esencia y por encima de todo su validez deben ser examinados críticamente con cada recurso intelectual con que contemos.

Esta necesidad urgente aparte del valor intrínseco que supone el descubrimiento de la verdad acerca de las relaciones humanas, hace de la ética un campo de primera importancia.

Solo los bárbaros carecen de cu-

riosidad acerca de cuál es su procedencia, de cómo fue que arribaron adonde se encuentran, y de hacia dónde parece ser que se dirigen y si de- secan ir hacia allá, y de ser así por qué y si no, por qué no".

Des- de luego, la práctica liberal a ultranza o libertaria posee numerosos y honestos cultores. En lo económico David Friedman, en los filosóficos el maestro harvardiano del pensamiento conjetural: Robert Nozick. Sustentadores ellos de una absoluta regla de mercado para solucionar las problemáticas sociales, tanto en términos de eficiencia como en términos de justicia.

Robert Nozick entre otras cosas muy sugerentes, replantea la vieja problemática anarquista con respecto a los impuestos: el estado no tiene ningún derecho a cobrar impuestos, y menos aún con carácter distributivo, pues esto atentaría contra mi libertad personal (libre albedrío) y contar mi propiedad privada.

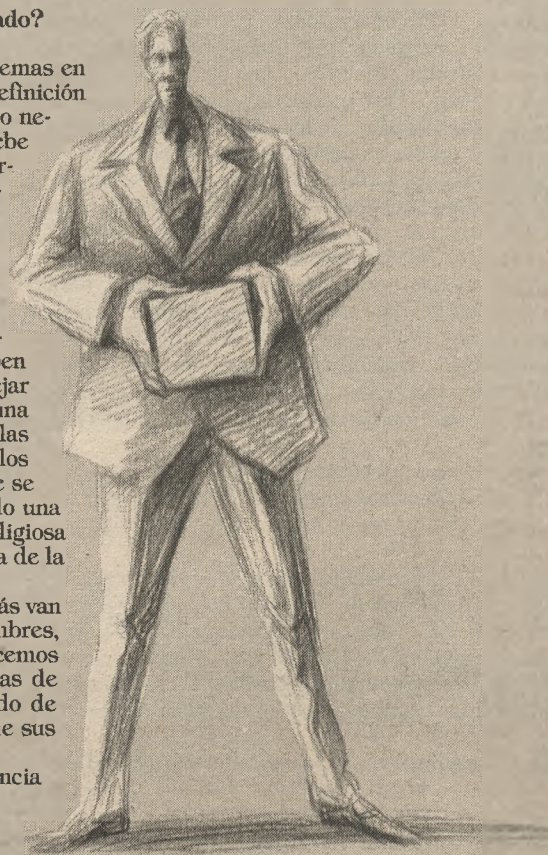
El Estado... ¿pero, qué Estado?

Uno de los mayores problemas en política actualmente es la redefinición del Estado: ¿Qué tipo de Estado necesita el ciudadano hoy? ¿debe existir un tipo de Estado universal o cada sociedad debe asignarse según su problemática particular el tipo de Estado que les parezca? ¿las comunidades que están en transición de un sistema económico a otro deben hacerlo rápidamente, lentamente o es que no deben hacerlo? ¿los Estados deben dejar de ser nacionales para ser una suerte de intermediarios entre las comunidades de ciudadanos y los centros de poder regionales que se avecinan? ¿debe tener el Estado una postura ética o una postura religiosa oficial? ¿debemos pensar acerca de la naturaleza del Estado?

Estas y otras preguntas más van a seguir preocupando a los hombres, pese a que por lo menos parecemos haber descubierto que las reglas de la competencia rigen el mercado de una manera aceptable al lado de sus ya difuntos competidores.

Ya vemos que la competencia a la larga trae perdedores y también sabemos que los costos de la competencia pueden ser muy altos tanto para los países como para las empresas y aún más para los individuos.

¿Lo habremos pensado realmente todo?



ILUSTRACION GUSTAVO SERRANO